

RAYMUNDO.- Y dime, Clelia, ¿qué era eso tan importante que te trajo hasta acá?

CLELIA.- (*Se inclina, toma la blusa, hurga en ella y extrae un pequeño pastel. Empieza a cantar mientras se lo extiende.*)
“¡Feliz cumpleaños a ti; feliz cumpleaños, Raymundo, feliz cumpleaños a ti!”

Raymundo permanece mudo por la sorpresa. Reacciona luego de varios segundos.

RAYMUNDO.- ¡Gracias, Clelia, gracias de veras! Pero ¿quién te dijo que tenía cumpleaños? (*Toma el pastel que Clelia le tiende. Ella vacila unos segundos en responder.*)

CLELIA.- Me lo dijo Erasmo.

RAYMUNDO.- ¿Erasmo? A veces se le olvida mi cumpleaños. Dice que yo no crezco, que él se hace viejo por mí, ¿tú crees?

Clelia se ha levantado de la silla. Permanece apoyada en el respaldo con la mirada fija en un punto perdido. Al advertir su actitud, Raymundo también se incorpora.

RAYMUNDO.- ¿Y ahora qué te pasó, Clelia?

Clelia se suelta llorando. Raymundo deja el pastel sobre su silla y va hacia ella. Clelia se lanza a sus brazos.

CLELIA.- Lleva dos días de no hablarme... ¡Ay Rayo! ¡La vieja esa lo tiene comprado!

RAYMUNDO.- ¡No le hagas caso a las lenguas, Clelia!

CLELIA.- Yo no me guío por habladas, ¿por qué demonios le suelta la camioneta?

Raymundo vacila unos instantes.

RAYMUNDO.- Olvídate, ya verás que se le va a pasar... (*Pausa.*) ¿Le reclamaste, verdad? (*Clelia asiente.*) ¡Como si no lo conocieras, Clelia! A nadie le aguanta eso...

Raymundo seca las lágrimas de las mejillas de Clelia. La invita a sentarse.

RAYMUNDO.- Vamos a comernos el pastel. (*Clelia parece no reaccionar al ofrecimiento. Permanece ausente.*) Ándale, ¡déjame devolvarte un poco de la alegría que me trajiste!

Clelia se sienta. Raymundo sostiene el pastel.

RAYMUNDO.- Clelia, tu tristeza es como una nube que se asoma y luego sigue su camino. Hay tristezas que se quedan, como si fueran un callo, y de repente, así nomás, te empiezan a doler. (*Clelia se vuelve a mirarlo con curiosidad.*) Ni Erasmo lo sabe: mi mamá borró el día de mi cumpleaños, la misma fecha en que un rayo asustó a la yegua y dio tantos reparos que acabó por caerle encima. El resto de la historia circula por el pueblo y lo cuentan a placer en tiempo de frío, al lado de las brasas. Ahorita ella está allá adentro, dormida, como si nunca fuera a despertar. Me pidió que le diera dos píldoras, para que el sueño llegara y se llevara ese dolor que es un clavo entre su carne. (*Para sí.*) Tuve tentación de darle el frasco entero para que me dejara dormir a mí también... Para que me despejara el camino y asíirme lejos, lejos...

CLELIA.- (*Que parece no haber oído las últimas frases.*) Fue cosa de mala suerte, Rayo. No te amargues ni tampoco le pongas mucho drama. (*Pausa. Pone una mano en el hombro de Raymundo.*) Cuando me fui a estudiar fuera, se me apareció de otro color la vida de este pueblo y me juré que nunca sacaría alegría escarbando en vidas ajenas.

RAYMUNDO.- ¿Y por qué regresaste?

CLELIA.- Primero por mamá, y ya cuando estaba agarrando valor para largarme de una vez, conocí a Erasmo. Antes lo había visto muchas veces pero con ojos ajenos. Cuando lo miré de veras...

Un nuevo estruendo invade la escena. La luz parpadea y de pronto la escena queda a oscuras.

RAYMUNDO.- ¡Lo que me faltaba para hacerme más negro el cumpleaños!

CLELIA.- En vez de quejarte, ve por una lámpara. Cuando hablo, me gusta ver la cara de la gente.

RAYMUNDO.- Tienes razón. *(Va tanteando en la oscuridad.)* Aquí junto a mi máquina tengo una vela y también una caja de cerillos.

Fuertes golpes sobre la puerta.

VOZ DE ERASMO.- ¡Rayo, ábreme!

CLELIA.- ¿Y ahora...?

RAYMUNDO.- ¡A lo mejor se acordó de mi cumpleaños!

Raymundo tantea unos segundos. Clelia no se mueve de su silla. Nuevos golpes. Cuando Raymundo logra encender la vela, la puerta se abre y entra Erasmo. Por la puerta abierta entra la luz de los faros de la camioneta, recortados en la oscuridad y la lluvia. Permanecerá así todo el resto de la escena. Erasmo recorre el escenario, primero ve a Raymundo, luego descubre a Clelia. No cierra la puerta.

ERASMO.- ¿Y tú qué chingados andas haciendo aquí a estas horas?

CLELIA.- *(Burlona.)* Lo mismo digo.

ERASMO.- Yo voy a donde se me hinchen.

CLELIA.- Pues cuídate de que no se te revienten.

ERASMO.- ¡No me piques la cresta que ya vengo entrado de hígado!

Raymundo se apresura a intervenir.

RAYMUNDO.- No vayan a enojarse, muchachos. *(Conciliador.)* Clelia se acordó de mi cumpleaños y me trajo un pastel.

ERASMO.- ¡No estoy ahora para esas mariconadas!

RAYMUNDO.- *(Ofendido.)* Si vas a seguir hablando así, lárgate a la cantina. ¡Ahí si te van a partir tu madre!

ERASMO.- *(Enfurecido.)* ¡Eso era lo que me faltaba oír, cabrón! No encuentro a mi madre por ningún lado y tú vienes a echarme sal en la herida. *(Se abalanza sobre Raymundo que apenas puede reaccionar; Clelia trata de intervenir, Erasmo la empuja, lanza un puñetazo a la cara de Raymundo, quien se desploma.)*

CLELIA.- ¡Déjalo, maldito aprovechado! ¡Déjalo! ¿Que no es tu amigo? *(Cubre con su cuerpo a Raymundo para que Erasmo no vuelva a golpearlo.)*

RAYMUNDO.- *(Aturdido se limpia la sangre que le corre por una de las comisuras.)* ¡Cabrón!

CLELIA.- ¡Vete de aquí!

Erasmo detiene su impulso. Está trémulo. Contempla a Clelia y a Raymundo como enajenado, luego se vuelve para salir por la puerta.

RAYMUNDO.- *(Todavía en el suelo y lanzándole una mirada.)* ¡Desgraciado! ¡Que te parta un rayo!

Clelia se levanta y cierra la puerta con violencia. Desde afuera llega el ruido del motor de la camioneta que arranca, chirrido de frenos y el rumor del vehículo que va alejándose.

RAYMUNDO.- *(Se cubre la cara con las manos. Lloro.)* ¡Mi único amigo, mi único amigo vino a romperme el hocico!

CLELIA.- *(Se hinca a su lado y le acaricia los cabellos.)* Perdónalo, trae un dolor tan grande que ni un rayo que lo partiera por la mitad podría curárselo...

Clelia ayuda a Raymundo a incorporarse y lo lleva cerca de la máquina de coser. Arrastra la silla y se la ofrece. Raymundo se sienta. La vela que estaba encima de la máquina de coser, se apaga.

Por la habitación se desparrama una música triste. En la oscuridad va supliendo a la música el ruido del motor de una camioneta, acompañado del ulular del viento. Llega un rumor de voces.

VOCES.- ¡Que te parta un rayo, Erasmo! ¡Que te parta un rayo!

La puerta se abre violentamente. Al fondo se ve a Erasmo, iluminado por un relámpago deslumbrante que pareciera atravesarlo. Con el ruido ensordecedor de un trueno se ve a Erasmo desplomarse. Se oye un grito de auxilio. La puerta se cierra con estruendo y de nuevo vuelve la oscuridad. Durante algunos instantes se oirá soplar el viento.

Sobre el escenario vacío entra imagen de un video que proyecta la imagen de la margen mexicana del Río Bravo; en disolvencia, collage de imágenes de una ciudad fronteriza norteamericana. Por una calle solitaria se ve a Antonia cargando su equipaje. Entra música y letra de Paso del Norte, en voz de Antonio Aguilar. En tanto transcurre la canción, se ve a Antonia hablando por teléfono. Diversas tomas: Antonia sentada en una banca de una plaza solitaria, después frente al mostrador de una oficina de inmigración, luego entrando en un hotel. Finalmente aparece cruzando el puente de Roma, Texas, rumbo a Cd. Miguel Alemán. La canción se vuelve casi inaudible. Acercamiento al rostro de Antonia.

ANTONIA.- *(Voz en off.)* Olvido se paga con olvido. La traición también se paga con olvido. Hay vivos a los que una debe enterrar antes de tiempo. ¡Ay, mi casa sola, mi hijo solo, mi calle sola, mi pueblo, vacío...!

La proyección cesa con un zoom out de Antonia caminando por el puente. La escena queda a oscuras y se llena de nuevo con la canción de Paso del Norte.

Entra luz barrida de color rojizo. Se ve a Leonor que ha levantado parte de la sábana roja y con un lienzo limpia el rostro del hombre inmóvil y cuyos rasgos no es posible advertir. Le pasa una mano por los cabellos, luego se detiene a mirarlo complacida. Le habla con ternura.

LEONOR.- De ahora en adelante estos ojos van a ver sólo las cosas buenas que, como un golpe de viento, pasen por este pueblo. *(Se inclina y le besa los ojos. Le acaricia la frente.)* Ah, y en esta frente ya no se va a detener el odio que te hacía ver las cosas negras. *(Le pasa los dedos por los labios.)* Por esta boca no van a salir maldiciones ni trozos de resentimiento convertidos en palabras. Ah, y estos labios, estos labios donde la sangre juega con todos sus matices, no besarán más bocas amargas de soledad. *(Coloca ambas manos sobre los cabellos.)* En estos cabellos se enredarán vientos de muchos años, cada pena que venga pintará con plata uno de tus cabellos. *(Suspira, luego le restriega las orejas.)* Las palabras necias se estrellarán contra tus oídos porque de ahora en adelante cada momento de tu vida hallará sentido en las cosas simples de todos los días. *(Las manos de Leonor descienden hasta el lugar del corazón.)* Este corazón volverá a latir y no hará llover penas encima de los que te aman. Vas a entrar otra vez en la vida y no habrá rayo que caiga sobre ti en las noches tormentosas de mayo. Tienes otra vez tu hermosa vida de muchacho. *(Se inclina sobre el pecho inerte y comienza a rezar el Credo con voz desesperada.)*

Eufemia entra por la izquierda espectador.

EUFEMIA.- (*Irónica.*) ¡Vaya, parece que por fin te aprendiste el Credo!

LEONOR.- (*Apartándose del cuerpo.*) Tú siempre has aprendido las cosas con la cabeza, jamás con el corazón.

EUFEMIA.- Ya te lo dije antes, ¡te pones insoportable cuando velamos muchachos! Apártate ya de él. Tu calor no le hace ninguna falta.

Leonor se incorpora y enfrenta a Eufemia.

LEONOR.- Lo voy a dejar ir, Eufemia.

EUFEMIA.- (*Impasible.*) La vida puede ser un capricho, Leonor; la muerte no.

Un ruido ensordecedor apaga las voces. La puerta se abre con violencia, por ella entra una luz cegadora. El cuerpo del hombre se estremece, luego éste se incorpora como si despertara de una pesadilla. Se vuelve a contemplar a Leonor y Eufemia. Es Erasmo, su rostro ensangrentado tiene una expresión de espanto, se levanta, trastabilla un poco, luego sale corriendo por la puerta abierta. La luz desaparece tras él.

EUFEMIA.- (*Se inclina a recoger la sábana roja.*) Mula terca ¡te saliste con la tuya! Vámonos de una vez a la cocina por ese bendito té de salvia!

LEONOR.- (*Ensimismada.*) ¡Qué noche de rayos! ¡Qué noche tan larga!

La luz rojiza desaparece. Una música melodramática invade la escena durante algunos instantes. Toques suaves pero insistentes sobre la puerta.

VOZ DE ERASMO.- ¡Rayo, ábreme, por favor! ¡Soy yo!

Una tenue luz azul ilumina la escena donde se ve a Raymundo que va hacia la puerta. Lleva un pantalón corto y camiseta sin mangas.

VOZ DE ERASMO.- Rayo, soy yo, Erasmo. ¡Ábreme! ¡Necesito hablar contigo!

RAYMUNDO.- (*Se recarga sobre la puerta, sin decidirse a abrir.*) ¿Quieres ver cómo me quedó la jeta?

VOZ DE ERASMO.- Estaba como loco, ¡perdóname! Si me dejaras que te explique...

RAYMUNDO.- Ya está amaneciendo, Erasmo. Vete a tu casa a dormir.

VOZ DE ERASMO.- (*Su voz suena sin prisa.*) No voy a irme a donde nadie me está esperando. Me voy a quedar aquí hasta que me abras. (*Pausa. Raymundo sigue recargado sobre la puerta.*) No pude ir muy lejos. La camioneta se quedó embancada debajo de la anacua, afuera de la casa de las Tercas. (*Pausa.*) Voy a seguir buscando a mamá pero antes necesito hablar contigo... Rayo, tú eres mi único amigo; el único que voy a tener toda la vida...

Raymundo abre la puerta. Por el hueco entra la luz del amanecer. La camisa de Erasmo se ve manchada de sangre.

ERASMO.- En mi coraje veía el mundo rojo rojo. (*Pausa.*) Rayo... (*Abraza a Raymundo, ambos quedan recortados unos instantes en el marco de la puerta.*)

RAYMUNDO.- ¡Vienes hecho un Santo Cristo! ¿Qué fue lo que te pasó? (*Pausa.*) Te voy a lavar con agua oxigenada ese raspón que traes en la oreja. (*Lo invita a pasar. Erasmo le pone un brazo encima del hombro.*)

ERASMO.- Yo creo que me cayó un rayo cuando iba corriendo a esconderme en las ruinas de la casa de las Tercas...

RAYMUNDO.- De seguro fue alguna rama.

ERASMO.- *(Como ausente.)* Estuve como muerto.

RAYMUNDO.- No fue un rayo, a lo mejor una centella. Te desmayó el golpe...

ERASMO.- Oí todos los rezos que ellas les han rezado a todos los muertos de este pueblo...

RAYMUNDO.- En una noche tan negra y con el susto, no sabe uno dónde pone los pies. Y no hay quién no tenga miedo de entrar en la casa de las Tercas. *(Pausa.)* Erasmo: faltan muy pocos días para que empiece junio.

Raymundo cierra la puerta, luego pasa su mano por el hombro de Erasmo.

RAYMUNDO.- Vamos a la cocina. Mientras nos tomamos un té de zacate de limón, me cuentas todo. Pero primero te voy a dar agua con azúcar, para el susto...

La iluminación va bajando lentamente. Erasmo y Raymundo salen por la derecha espectador.

El ulular del viento recorre la escena a oscuras, luego va disminuyendo. Se oyen risas, alboroto de fiesta, trozos de música regional. Poco a poco los murmullos y la música cesan. Una luz barrida azul alumbra la escena. Leonor viste de blanco, no se advertirá del todo su rostro, carga una vieja maleta. Permanece en posición de salir por la puerta del fondo. Eufemia, también vestida de blanco, casi oculta la cara por una cabellera abundante, entra por la derecha espectador. Se perfilan las siluetas de las dos mecedoras.

EUFEMIA.- ¿Qué camino vas a seguir que no sea el de tu perdición?

LEONOR.- *(Se vuelve.)* Tú ni siquiera ése puedes escoger.

EUFEMIA.- No vas a dejarme, igual que papá, sola y con la boca seca por el hambre.

LEONOR.- En este pueblo siempre habrá quién se muera y la pena de los demás será tu pan.

EUFEMIA.- ¡Terca, sorda y terca!

LEONOR.- Tercas las dos, tercas y solas.

EUFEMIA.- Vas a volver muy pronto y cuando regreses, me vas a hallar muerta, esperándote en esa mecedora. Y yo voy a sonreírte desde mis ojos vacíos.

LEONOR.- Será nomás por tu pura terquedad.

Llega el ruido lejano de un trueno, la puerta de repente se derrumba con estrépito. En el marco se perfila la sombra del Desconocido. Leonor camina hacia él como hipnotizada. El Desconocido la toma de la mano y ambos se pierden en la oscuridad.

EUFEMIA.- *(Grita hacia la oscuridad.)* ¡No voy a maldecirte, Leonor! No voy a desear que en el camino un mal rayo te parta. *(Va hacia la mecedora. Se sienta. Su mirada se pierde en el vacío.)* Aquí te voy a esperar, entre muerto y muerto. ¡Terca, terca, terca!

Se mece con violencia en la mecedora. La luz desaparece. El marco de la puerta se ilumina por el resplandor de un último rayo.

Berlín, febrero de 2004